

República Dominicana

Texto: Vivienne Stanton

Para fóbicos a los complejos turísticos

En busca de la auténtica vida dominicana, nuestra colaboradora decidió viajar por la isla para descubrir esos rincones entrañables y rítmicos que se han negado a caer bajo las redes de los hoteles todo incluido.

Tuve que estirarme para poder oír mientras el viento atravesaba mi ropa, las ráfagas enfriaban el caluroso aire nocturno y enmarañaban mi cabello dejándolo como rastas. Montada en la parte trasera de una moto, con un conductor que apenas conocía, nos dirigíamos al campo en busca de un aspecto de la República Dominicana que yo sabía que existía; pero que aún tenía que encontrar.

Te preguntarás adónde te llevo

Se me había prometido que conocería su corazón palpitante. Al mirar alrededor, lo único que podía ver era la oscuridad. La casas que pasábamos estaban envueltas en sombras, quizá no tenían electricidad. De los pocos lugares que estaban abiertos, ninguno parecía prometedor.

“Ese es el burdel local”, comentó Willy, mi guía, señalando a una casa de madera pintada de azul débilmente iluminada por un solo foco. El aire estaba cargado de olores de granja, de turba quemada en los hornos de ladrillo y del dulce de los cañaverales que dejábamos atrás. Pasamos un billar con música de bachata, la respuesta de la República Dominicana a la música country, que fluía nostálgicamente desde su interior vacío, y luego un lavado de autos. Por alguna razón, los locales de lavado de autos en este país tienen bares al lado; me imagino que a la gente le da sed mientras espera en el calor del Caribe. En el exterior, un puñado de hombres en shorts y gorras de beisbol sentados en sillas de plástico daban sorbos a su bebida y jugaban dominó haciendo ruido al colocar las fichas. Seguimos nuestro camino, adentrándonos en la noche.

Había ido a la República Dominicana resuelta a no tomar comida de bufet ni a usar una pulsera de identificación. En un país tan famoso tanto por sus enormes complejos turísticos con todos los servicios incluidos, como por sus playas de arena y jugadores de beisbol, quería tener una idea de cómo era la verdadera República Dominicana.

Pero aún tenía que descubrirlo. Hasta ese momento, mis viajes me habían llevado a Cabarete, un pueblo playero en la costa norte de la isla. Es un paraíso para quienes practican surfing deslizándose con un cometa de tracción y un imán para los viajeros independientes; es probable que en las calles arenosas de este lugar oigas que se habla en alemán, francés o noruego, al igual que en español.

Hay bares elegantes con camas de playa estilo balinés sobre la arena, discotecas con música techno atronadora y un bar irlandés—sólo en el Caribe un bar



El carácter festivo de los dominicanos está presente en los colores que usan para sus viviendas sencillas.

irlandés podría llamarse José O'Shea's y tener racimos de plátanos colgados junto al barril de cerveza Guinness—donde un hippie alemán rasguea en su guitarra la canción *Hotel California* en un rincón. En ese lugar le pregunté a Willy adónde iban los dominicanos para divertirse.

“Si quieres, te puedo enseñar”, contestó con un brillo especial en sus ojos. “Conocerás la verdadera República Dominicana”. En ese momento parecía una oportunidad demasiado buena como para desaprovecharla. Pero ahora, mientras nos internábamos a toda velocidad por la noche oscura; me preguntaba en qué me había metido.

Luego, de pronto, estábamos en el lugar

Surgió entre las sombras, como un enorme templo al aire libre, rojo brillante en la oscuridad. Conforme nos aproximábamos escuchábamos el murmullo; un bullo general que se convirtió en un rítmico compás, cuando la danza de dos pasos del merengue irrumpía en el aire nocturno.

Si la República Dominicana tiene un latido, es la marcha constante, pegajosa del merengue. Lo oyes desde el momento en que aterrizas en la isla, suena a todo volumen en los estéreos de tiendas y automóviles; lo tararean los niños que van a la escuela, sucede lo mismo con los boleros. El entonces dictador Rafael Trujillo—cuyo régimen brutal de 31 años y posterior asesinato fuera novelado por Mario Vargas Llosa en *La fiesta del chivo*—, lo convirtió en la danza oficial de país. Su ritmo siempre está presente en algún lugar en segundo plano; es el sonido en torno al cual se forman otros sonidos: los bocinazos de cláxon, el tableteo de las fichas de dominó, el golpe de una pelota contra el bate.

En el club había mesas apiñadas en torno a una pista de baile montada en una losa de concreto. Pero las mesas estaban vacías y la pista se bamboleaba rítmicamente con parroquianos contorsionándose y sacudiendo el esqueleto con un grupo musical de 12 integrantes. Las mujeres iban perfectamente maquilladas y arregladas, versiones locales fantásticas de Jennifer López. Los hombres iban vestidos como chicos de barrio, llevaban gorras de béisbol colocadas en ángulos improbables, pantalones vaqueros guangos más abajo de la cintura que dejaban a la vista sus calzoncillos Calvin Klein piratas, adornados con muchos aretes con diamantes y ostentosas cadenas de oro. Las caderas se balanceaban con movimientos oblicuos, en parejas como un solo cuerpo, ante el irrefrenable ritmo. Sus dueños bailaban en círculos, daban pequeños pasos a los lados, girando uno en torno al otro. No era difícil ver de dónde había adquirido su nombre el baile: si éste fuera un mar de claras de huevo y no de cuerpos, la pista de baile seguramente se habría convertido en un postre.

Mientras el tango es especializado—aficionados en la pista de baile, tengan cuidado—y las vueltas y los giros de la salsa pueden ser complicados; el



FOTOS: PÁGINA 88, VIVIENNE STANTON; PÁGINA OPUESTA: PATRICK MONNEY (ARRIBA); VIVIENNE STANTON (ABAJO).



Algunos de los atractivos son la práctica de los deportes acuáticos y la posibilidad de ir de pesca con los lugareños, una actividad que no querrás dejar de experimentar.



FOTOS: VIVIENNE STANTON. (SUPERIOR IZQUIERDA E INFERIOR), PATRICK MONNEY (SUPERIOR DERECHA).

merengue es el baile del hombre de la calle. No es complicado, al contrario, es sencillo y divertido. Y al igual que los dominicanos que lo bailan, luce optimista, festivo y desbordante de vida.

“Esta gente es feliz”, señala Peter McKenna, un estadounidense nacido en Boston que ha vivido en la República Dominicana durante cinco años. “No tienen nada, pero se divierten. Conozco a gente rica, salen a cenar y si los chícharos están fríos, ¡ahí se acabó la noche! Pero los dominicanos comen lo mismo diario: frijoles, pollo y arroz; y hacen lo mismo todos los días: se sientan en la acera y juegan dominó y platican, y no podrían estar más felices”.

Esta podría ser una versión idealizada de la verdad, una que por amabilidad se hace de la vista gorda respecto a la pobreza, el hambre y las privaciones de la vida cotidiana en la República Dominicana, donde casi 40 por ciento de sus 9.5 millones de habitantes viven por debajo de la línea de pobreza, con un desempleo arriba de 15 por ciento y donde 0 por ciento de los más ricos controlan 40 por ciento de la economía total. Pero Peter tiene razón, definitivamente hay una atmósfera de alegría y calidez en la gente de este lugar.

La puerta al Nuevo Mundo

Cuando Cristóbal Colón atracó por vez primera en 1492 y conoció a los taínos (vocablo que significa “gente amable”) escribió: “No puedo creer que hombre alguno haya conocido a un pueblo tan generoso y de buen corazón, de carácter tan dulce que se esforzaban al máximo para darnos todo lo que poseían”. En la actualidad, la mayoría de la población taína ha desaparecido o se ha fusionado con los españoles y africanos que llegaron; pero quizá perdura parte de ese espíritu.

Ese día, más temprano, había tomado una guagua a La Boca, un lugar idílico a la orilla de un banco de arena donde el río se junta con el mar. El recorrido más bien parecía una reunión social, todo mundo hablaba y bromeaba, los pasajeros se sentaban uno encima de otro apretujándose en los asientos cuando el conductor se detenía para subir más gente. Todo mundo quería saber de dónde venía yo, y qué hacía en ese lugar. Y todos opinaban sobre cuál era la mejor manera para que llegara a mi destino. Entonces subió un predicador. Parecía una versión dominicana de Barack Obama, de aspecto elegante, porte formal y voz grave. “¡Un aplauso para Dios!”, exclamó. La respuesta fue atronadora. Aunque es difícil decir si el entusiasmo era por Dios o por los discos compactos que empezó a regalar.

Con un CD en una mano (merengue evangélico, por supuesto) y diciendo adiós con la otra a mis nuevos amigos, bajé del autobús y tomé un mototaxi que me llevó por un sendero lleno de baches hasta La Boca. Los vecinos del lugar se reúnen allí los fines de semana para beber a sorbos heladas cervezas Presidente, tomar cocos locos (coco con ron) y comer jaiba y trozos de pescado frito. Ya entrada la tarde observé la silueta de tres hermosas

Los dominicanos son alegres y cálidos, sí que saben divertirse. Gozan cada momento desde sus charlas en la acera, largas partidas de

dominicanas, con vistosos sombreros y shorts diminutos, perfilándose contra el agua que apenas les daba a la altura de la espinilla, riendo y bebiendo. Niños pequeños chapoteaban en la orilla y algunos muchachos estaban tumbados en sus tablas de surf sobre la tranquila superficie del agua. Era una tarde mágica, idílica; y ningún complejo turístico a la vista.

República Dominicana es la segunda isla más grande del Caribe, después de Cuba; y es número uno como destino turístico, con más de tres millo-

nes de visitantes por año. En su mayor parte solía ser una economía agrícola, pero desde la década de los noventa, cuando el gobierno construyó la infraestructura de complejos turísticos más grande de la región, ha sido un imán para el turismo de viajes organizados con hospedaje de lujo y campos de golf todo el año.

Pero esta nación, que ocupa la mitad de la isla y comparte el resto con su vecino Haití, tiene mucho más para ofrecer que cocteles en los bares de las piscinas y meseros que bailan bachata cuando llevan las bebidas a la mesa. La República Dominicana fue la primera colonia en las Américas fundada por Colón, y personifica la marcha completa de la historia del Caribe: cinco siglos de invasiones (francesa, española, británica y estadounidense), ron y trata de esclavos, batallas de piratas, levantamientos nacionalistas y socialistas, así como dictaduras.

Colón describió a la fértil isla como un hermoso paraíso, con altas montañas arboladas y valles con grandes ríos. En la actualidad eso sigue siendo cierto. Las maravillas naturales de la República Dominicana en gran medida siguen intactas, y muy bien vale la pena tomarse el tiempo para explorarlas. Al conducir de Cabarete a Santo Domingo vi más tonos de verde de los que sabía que existían: cañaverales brillantes, altísimas frondas de palmeras, mangos no maduros, así como plantaciones de tabaco y cafetales de sombra plantada. Esparcidas a lo largo de la carretera había casas de madera pintadas de colores vivos con techos de lámina corrugada, tenderetes de cocos y puestos de fruta con filas de naranjas colgando de cuerdas.

La vitalidad caribeña

Me detuve en la ruidosa y vibrante capital por un día para ver una de las iglesias más antiguas del Nuevo Mundo, la Catedral Primada de América, antes de perderme en las calles de 500 años de antigüedad de la Zona Colonial, que ha sido declarada Patrimonio de la Humanidad por la Unesco. Aunque la sensación de la historia era fuerte –la ciudad también se enorgullece de la calle más antigua y del fuerte más antiguo de las Américas– lo que más me gustó fue la vitalidad que se respira en las calles, una vida húmeda y llena del color del Caribe, lycra, merengue y música de bachata. Gente sentada en las puertas y en sillas colocadas en la calle, que bebe a sorbos café aromatizado con clavo o se asoma por los balcones, mirando al mundo pasar.

La sencillez es la característica principal de los habitantes de República Dominicana, quienes saben no sólo disfrutar de los pequeños placeres, sino transformarlos en grandes acontecimientos. Comer, bailar, comprar víveres en puestos callejeros puede ser la oportunidad de hacer amigos y de pasar un rato muy agradable.



Nada como refrescarse en pequeñas piscinas naturales formadas a lo largo de la costa. Ahí, los lugareños se olvidan del calor y hacen una pausa a sus actividades cotidianas.

En el Parque Colón había un concierto de hip-hop para personas con discapacidades. El músico principal usaba muletas y el espectáculo de los bailarines en el escenario consistía en levantar la parte delantera de sus sillas de ruedas. Las colegialas los rodeaban practicando sus pasos de baile. La luz suave y delicada parecía posarse en la parte baja del cielo como en una puesta de sol perpetua, bañando la piedra y los edificios de colores pastel con un resplandor indulgente.

Desde Santo Domingo me dirigí al Este hacia Punta Cana, un lugar que mi guía describía como “la zona cero del turismo de República Dominicana... donde los platillos del bufet superan los granos de arena”. Por suerte, una amiga mía vive en el lugar y había prometido mostrarme la verdadera Punta Cana.

Me recogió en la terminal de autobuses y durante el recorrido pasamos los terrenos ajardinados de las urbanizaciones de lujo, algunas de ellas como ciudades estado en sí mismas. Tras unos cuantos kilómetros habíamos pasado plantaciones de palmeras y atravesado por pueblos pequeños donde las motos pululan por las calles. Había puestos de venta de pollo y tenderetes de lotería; carnicerías al aire libre con ristras de salchichas, escolares en pulcros uniformes café y azul y trabajadores en las partes



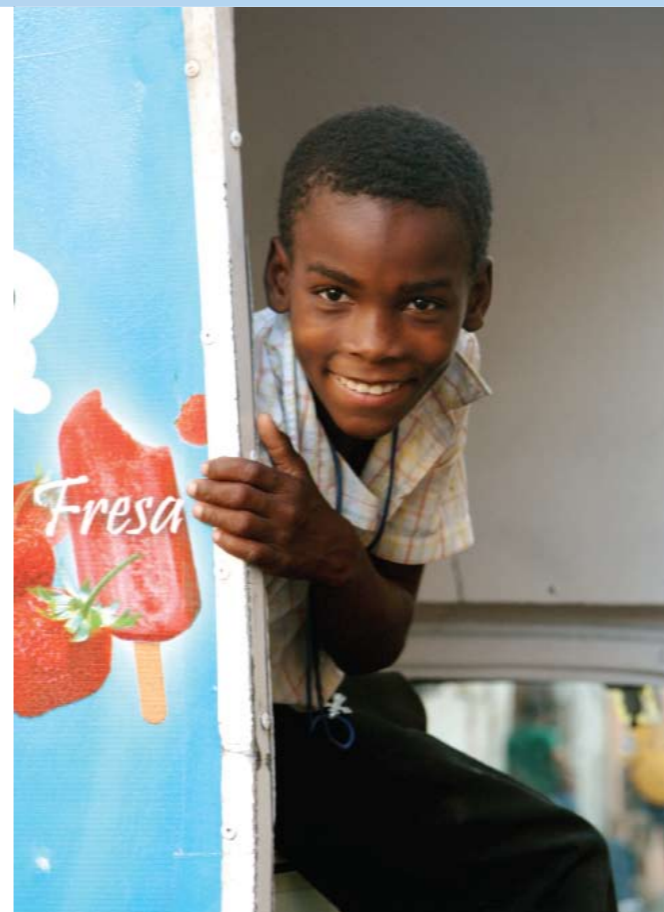
La mayoría de los jóvenes se transporta en motonetas, es la manera más fácil y rápida de recorrer su parte de la isla.

trasera de camionetas descubiertas, chupando una caña. Muchos de ellos son haitianos que viven en los bateys, comunidades que se instalan en torno a los terrenos de las inmensas plantaciones.

República Dominicana ha recibido críticas internacionales por la forma en que trata al casi millón de haitianos que viven en su territorio, quienes, en su mayoría, llegan por causas económicas como migrantes para trabajar en las plantaciones azucareras, ya que el ingreso promedio en la República Dominicana sextuplica al de Haití. Muchos de los dominicanos pobres acusan a los haitianos de robarles empleos; y los trabajadores haitianos a menudo trabajan en forma ilegal, renunciando a derechos civiles y jurídicos. En 2006, el gobierno prometió que mejoraría las condiciones de vida en los bateys y que proporcionaría contratos laborales y un salario mínimo garantizado.

Visitamos el Parque Ecológico de Punta Cana, con sus inmensas áreas de bosques de manglar e inmaculadas llanuras costeras; luego fuimos al Parque Ojos Indígenas, donde nos zambullimos en lagunas de agua dulce, transparentes como el cristal y frías como hielo, alimentadas por un río subterráneo que fluye hacia el océano. Nadamos con tortugas y sentíamos cómo los camarones nos mordisqueaban los dedos de los pies.

FOTOS: VIVIENNE STANTON.



FOTOS: VIVIENNE STANTON.





La cultura negra es pilar del presente dominicano. Muchas de sus costumbres, incluidas su comida y música hacen referencia a la negritud del Caribe.

FOTO: PÁGINA OPUESTA, PATRICK MONNEY; PÁGINA 95, PATRICK MONNEY, VIVIANE STANTON (SUPERIOR E INFERIOR DERECHA).

Luego manejamos hasta Boca de Yuma, un pueblo maltrecho con caminos de terracería desiguales e inmuebles a medio construir; y un promontorio en la costa donde rompen las olas contra la orilla rocosa. Allí contratamos a una barca de pesca local para que nos llevara de la desembocadura del río Yuma a Playa Blanca, una hermosa playa casi desierta a dos kilómetros al este del pueblo.

Luego emprendimos el regreso a Punta Cana, donde nos detuvimos en la casa de un amigo para cenar. Alix Puntiel es de Santo Domingo y trabaja como gerente del Hard Rock Café local. Esa era su noche libre y nos prometió una comida dominicana tradicional. Al llegar a su casa lo encontramos en la cocina, sudando frente a una estufa encendida en la que cocinaba cinco platillos distintos.

Empezamos con mangú; puré de plátano con leche y mantequilla. “Mi madre nos alimentaba con esto cuando éramos niños”, comentó Alix sobre la cremosa mezcla salada. “Tomas esto y no necesitas comer otra cosa”.

Luego sirvió la comida típica, conocida como “la bandera”, arroz blanco, pollo frito, habichuelas y frijoles. Como guarnición había queso frito y salami con cebollas cocinadas en vinagre, seguido de un fuerte café negro.

Cuando tomábamos nuestro café en la terraza, sentados disfrutando la brisa mientras la calurosa noche empezaba a refrescar, pude oír el ritmo de una banda de merengue, como el suave tic-tac de un reloj, que latía con fuerza a lo lejos. **NGT**



Vivienne Stanton después de algunos años de viajar por el mundo, ha regresado a su natal Australia. Actualmente radica en Sídney donde estudia un doctorado en escritura creativa. Es autora de Safari Gourmet, publicado en marzo de este año, y de otros reportajes como Clases de Salsa en Cuba y La Habana auténtica.

LIBRO DE CONSULTA

Lo esencial de República Dominicana



SI DESEAS MÁS INFORMACIÓN

El sitio oficial de la República Dominicana (www.dominican-republic.com) tiene noticias e información sobre viajes. Dominican Republic One (www.DR1.com). Páginas de Debbie sobre Viajes a la República Dominicana (www.debbiesdominicantravel.com). El Ministerio de Medio Ambiente (www.medioambiente.com.gov.do) tiene información sobre los parques nacionales.

de vacaciones. La temporada de lluvias es de mayo a octubre, con huracanes de agosto a octubre.

MÁS QUE MERENGUE

Si estás en la República Dominicana en julio-agosto, procura asistir al Festival del Merengue, una fiesta colosal que se lleva a cabo en Santo Domingo, en su mayor parte en el Malecón. Si te lo pierdes, en octubre hay un maratónico Festival de Música Latina, que presenta de todo: desde salsa y samba hasta jazz y son cubano.

PUNTOS ESENCIALES PARA UN VIAJE SUPREMO POR CARRETERA

LO INDISPENSABLE

Requisitos de ingreso. Los ciudadanos mexicanos necesitan un pasaporte válido para visitar la República Dominicana. No necesitan visa. Las tarjetas de turista se expiden a la llegada.

Husos horarios. La República Dominicana está cuatro horas atrás de la hora del Meridiano de Greenwich.

Moneda. La unidad monetaria dominicana es el peso, indicado por el símbolo RD\$.

Llamadas telefónicas. El código del país es 809. Para hacer una llamada internacional desde la República Dominicana, primero se marca 00.

(Lo que debes saber antes de ir) TEMPORADA DE HURACANES

La República Dominicana tiene dos temporadas altas, de diciembre a marzo, cuando los canadienses y los estadounidenses hacen la mayoría de sus viajes; y de julio a agosto, cuando muchos europeos y dominicanos están

